

## CARTA VIGÉSIMA:

*Diciembre 16.*

La señal de la cruz es un guía que nos conduce.—Necesidad de un guía.—Estado del hombre en la tierra.—La señal de la cruz conduce al hombre á su fin por recuerdo y por imitacion.—Recuerdos que despierta.—Recuerdo general.—Recuerdo particular.—Imitacion particular.

Ennoblecido, instruido, enriquecido y protegido el hombre por la señal de la cruz, ¿qué le falta para llegar con felicidad al término de la peregrinacion? Encontrar un guía seguro que le conduzca.

Como el arcángel Rafael, enviado para acompañar al jóven Tobías en su lejano viaje, la señal de la cruz se presenta y nos ofrece á todos, á tí como á mí el mismo servicio. Este es el último punto de vista bajo el cual vamos á considerar este admirable signo.

VIAJEROS PARA EL CIELO, LA SEÑAL DE LA

CRUZ, ES UN GUIA QUE Á ÉL NOS CONDUCE. — Son las doce de la noche, el trueno retumba por todas partes, la lluvia cae á torrentes, las fieras, salidas de sus cubiles y madrigueras, rugen y corren por diferentes puntos: solo se perciben los objetos á la luz de los relámpagos. Te encuentras solo en medio de tus Bosques Negros, como estaban en tiempo de César, inmensos, horribles, sin senderos ni caminos, ni habitacion, sirviendo de abrigo á aquellos grandes osos de Germania, cuya sola vista causaba espanto á los Romanos, hasta sobre las inaccesibles gradas del coliseo.

¿Qué harías? ¿No comprendes la necesidad de un guía caritativo, que súbitamente se te apareciera, se pusiera á tu lado, te tranquilizara con su presencia, y dándote la mano, te condujera sano y salvo al seno de tu familia?

¡Débiles imágenes de la realidad! Los Bosques Negros son el mundo, la tempestad con sus tinieblas, sus rayos, sus peligros y terrores, la vida. ¿Adónde estoy? ¿adónde me dirijo? ¿qué camino debo tomar? Estas son las primeras preguntas que se dirige el hombre descarnado, en medio de esa noche de agonías.

No se hace esperar la respuesta: toda está contenida en la señal de la cruz. Por lo mismo, llena la iglesia de tierna solicitud, enseña á hacerla desde la cuna. Interpretada por la voz elocuente de su madre, el signo elocuente disipa todas las tinieblas, alumbra el camino y orienta la vida.

“Venido de Dios, dice al hombre, vuelves á Dios: imagen de Dios que es todo amor, debes volver á él por el amor. El amor abarca el recuerdo y la imitación: acordarte de Dios, es imitarlo: esta es para tí la vía, la verdad y la vida. Compréndeme y cumplirás sin dificultad las dos leyes fundamentales de tu existencia.” Nada más cierto que el lenguaje del guía divino: bastarán algunos pormenores para justificarlo.

El recuerdo, dicese en Francia como en Alemania, y lo mismo en todas partes, hoy como cuatro mil años ha, el recuerdo, es el pulso de la amistad: en tanto que el pulso late, la vida existe y se extingue cuando cesa de latir. Del mismo modo en tanto que subsiste el recuerdo del objeto amado, el afecto continúa: languidece luego que el recuerdo se borra, se extin-

gue cuando desaparece. Todo esto como lo sabes, es elemental.

De tal manera está convenido que el recuerdo es una señal, una causa, una condicion de las afecciones humanas, que los amigos no dejan de decir al separarse: *No me olvides, que yo jamas lo haré*, y se cambian objetos para mantener recíprocamente el recuerdo á pesar de la ausencia.

El amor de Dios es como las amistades humanas el recuerdo es el signo, el alma y la vida. Siendo la primera ley de nuestro sér acordarnos de Dios, la Sabiduría infinita debia darnos el medio para hacerlo: siendo universal la ley, debia serlo la señal: dada la ley para todos, pobres y ricos, sabios é ignorantes, acomodados ó llenos de penas, el medio ó la señal debia ser accesible á todos; por último, siendo la ley fundamental el medio ó señal, debia ser de una gran eficacia.

Acábo de decirte, querido Federico, que la ley del recuerdo, es fundamental de la humanidad. La justificación de este pensamiento va á mostrarte, bajo otro punto de vista, la importancia de la señal de la cruz.

Lo que el sol es para el mundo físico, lo es Dios bajo todos aspectos, y más todavía, para el mundo moral: imagínate en lo que se convertiría la naturaleza si el sol se apagase repentinamente y dejara de derramar sobre el globo sus torrentes de luz y de calor. Al instante su vejetacion se detendría, los rios y los mares se helarian, la tierra se endureceria como la roca. Los animales dañinos, á los que la luz encadena en el fondo de los bosques, saldrian de sus cavernas, y con ahullidos espantosos se llamarían, para empezar su obra de destruccion y exterminio: reinarian por todas partes la confusion, la desesperacion, la muerte, y pocos dias serian necesarios para volver el mundo al caos.

Que llegara á desaparecer Dios, Sol necesario de las inteligencias, y al punto se extinguiria la vida moral, se borrarían las nociones del bien y del mal: la verdad y el error, lo justo y lo injusto se confundirian en el derecho del más fuerte. Y en medio de tan espantosas tinieblas, todas las horribles aspiraciones, todos los instintos sanguinarios, adormecidos en el corazon del hombre, se despertarian, se desencadenarian, y sin temor, así como sin remordimien-

tos, se disputarian los mutilados harapos de las fortunas, de las ciudades y de los imperios. Habria guerra por todas partes: de todos contra todos; y el mundo seria un antro de ladrones y asesinos.

Jamas ha visto ojo humano semejante espectáculo, como tampoco ha dejado de ver el astro que lo vivifica; pero lo que sí ha podido apreciar, es un mundo en que, semejante al sol cubierto por espesas nubes, la idea de Dios solo proyectaba una ley incierta.

Entónces pudo advertir vacilaciones sin fin; sistemas huecos é inmORALES; supersticiones groseras y crueles; pasiones en lugar de leyes; crímenes en vez de virtudes; materialismo en la base y despotismo en la cumbre; egoismo por todas partes, unido á los combates de gladiadores y á festines de carne humana.

Ménos completo que entre los paganos, el olvido de Dios produjo entre los judíos análogos efectos. Por el órgano de los profetas, veinte veces el Señor atribuye á este crimen las iniquidades de Jerusalem y los castigos que sobre ella cayeron; y bien sabes que Jerusalem es el tipo de los pueblos.

“Esto dijo el Señor: ¿Quién ha oído jamás hablar de horrores parecidos á los que cometió la virgen de Israel? . . . ¿por qué me ha olvidado? Has marchado en la vía de tu hermana Samaria, y pondré su copa en tus manos. Beberás la copa de tu hermana, copa ancha y profunda y serás el ludibrio de las naciones.

Te embriagarás de dolores, con el cáliz de la amargura y de la tristeza, con el cáliz de tu hermana Samaria. Y lo beberás y agotarás hasta las heces, y devorarás los fragmentos y te despedazarán las entrañas. Porque me has olvidado y me has puesto bajo tu cuerpo, llevarás tu crimen y el castigo de tu crimen.<sup>1</sup>

¿Puede acaso caracterizarse con mayor energía las funestas consecuencias del olvido de Dios? La enormidad del crimen se mide por la santidad de la ley que se viola, y el recuerdo de Dios, es la ley vital de la humanidad. Sobre esta base calcula la importancia de la señal de la cruz, destinada especialmente á hacer vivir en el hombre ese recuerdo saludable.

<sup>1</sup> Jércm., XVIII, 13, 15. Ezech., XXIII, 31, 35. Is., LVII, 11, etc., etc.

He dicho *especialmente* y con razon. La señal de la cruz es un vaso enteramente lleno de recuerdos divinos. Haciéndola, todos esos recuerdos divinos, como un lirio vivificante, se esparcen hasta en las profundidades de mi sér. Me acuerdo necesariamente del Padre; me acuerdo necesariamente del Hijo; me acuerdo necesariamente del Espíritu Santo. Me acuerdo del Padre creador; del Hijo, redentor; del Espíritu Santo, santificador.

El Padre recuerda en tí, lo mismo que en mí, lo mismo que en todos los hombres, que hay un espíritu para comprender y un corazón para amar todos los beneficios divinos, en el orden de la creacion. Existo yo, y es á vos, Padre de los padres, á quien debo la vida, la vida con todos los bienes naturales, la vida que me habeis dado de preferencia á tantos millones de séres posibles.

Os debo la conservacion de la vida. Cada latido de mi corazón es un beneficio. Le renovais cada segundo del dia y de la noche. Le continuais desde hace muchos años, á pesar de mi ingratitud y del mal uso que de ella hago.

Me la continuais, preferentemente á tantos

otros que, nacidos conmigo y despues de mí, han muerto antes que yo.

Os debo todo lo que mantiene, consuela y embellece la vida. El sol que me alumbra, el aire que respiro, la tierra que habito, los alimentos que me nutren, los animales que me sirven, los vestidos que me cubren, los remedios que me curan, mis parientes, mis amigos, mi cuerpo con sus sentidos, mi alma con sus facultades, y todas las criaturas visibles é invisibles, puestas tan magnánimamente á mi servicio; todo os lo debo á vos, todo, Padre creador.

El Hijo recuerda todos los beneficios divinos en el orden de la redencion. Cuando pronuncio vuestro nombre, oh Hijo adorable, me transporto á los esplendores de la eternidad. Allí os veo igual al Padre, sentado en el mismo trono, gozando de una felicidad infinita.

Despues, de pronto, caigo en un pobre establo, delante de un humilde pesebre; y allí os veo tierno niño, desnudo enteramente, temblando de frio, acostado sobre un poco de paja; calentado apénas con las caricias de vuestra madre y con el aliento de dos animales.

Del pesebre llego á la cruz. ¡Qué espectácu-

lo! Vos, Dios mio, el monarca de los mundos, el rey de los ángeles y de los hombres, suspendido en un patíbulo, entre el cielo y la tierra, en medio de dos ladrones, con el cuerpo desgarrado, los miembros taladrados, la cabeza coronada de espinas, el rostro salpicado de sangre y de salivas; y todo esto por amor á mí!

La cruz me conduce al tabernáculo. Delante de mi Dios, reducido á la nada; delante de mi Dios, convertido en pan; delante de mi Dios, hecho mi prisionero y servidor, obediente á mi voz, á la voz de un niño; delante de este compendio de todos los milagros del amor, mi boca permanece muda. Qué mucho, si la lengua de los hombres y la lengua de los ángeles son importantes para balbutir la menor cosa de un misterio que solo ha podido concebir el amor infinito.

El Espíritu Santo recuerda todos los beneficios divinos en el orden de la santificacion.

Amor consustancial del padre y del hijo, es á vos á quien el mundo debe todo. El Verbo encarnado, su Redentor, os lo debe: *qui conceptus est de Spiritu Sancto*. María, su madre, os lo debe: *Spiritu Sanctus superveniet in te*.

La santa Iglesia católica; esa otra Madre que es para el mundo y para mí lo que María es para Jesús, os lo debe: *Credo in Spiritum Sanctum, Sanctam Ecclesiam.*

Sus entrañas me han llevado, su leche me ha nutrido, sus sacramentos me fortifican y me curan. A ella debo la comunión de los santos, gloriosa sociedad que me pone en relaciones íntimas, á mí, vil criatura, con todas las gerarquías angélicas, con todos los santos, desde Abel hasta el último de los elegidos. A ella debo la conservación del Evangelio, antorcha luminosa, inestimable beneficio que ha sacado al género humano de la barbarie, y que le impide volver á caer en ella.

¿Conoces un recuerdo tan fecundo, tan elocuente como la señal de la cruz? El filósofo, el político, el cristiano piden algunas veces libros para meditar: hé aquí uno que puede reemplazar á todos los demas. Este libro comprensible á todos, legible á toda hora, gratuitamente dado, está en las manos de todos. Así lo ha hecho Dios, y lo que Él hace está bien hecho.

La imitación. Recordar á Dios es la primera ley de nuestro sér. Ya verás, amigo mío,

la importancia de esta ley, y cómo la señal de la cruz nos ayuda á cumplirla. Imitar á Dios es otra ley no ménos fundamental. La menor duda sobre este punto no podrá abrigarse jamás en un espíritu sensato y recto.

¿No están obligados todos los séres á tender á la perfección? ¿No es para esto, y únicamente para esto, para lo que alientan? ¿La perfección de un sér, cualesquiera que sea, no existe en su semejanza con el tipo sobre el cual ha sido formado? ¿No es tanto más perfecto un cuadro, cuanto mejor expresa los rasgos del modelo?

El hombre está formado á imagen de Dios. Copiar rasgo por rasgo esa divina imagen, no asignar á su perfección otros límites que la perfección misma de su sublime modelo: tal es la ley de su sér y la labor obligada de su vida entera.

“Os he dado el ejemplo, decía Dios hombre, para que hagais como yo he hecho.” Y el gran apóstol. “Sed mis imitadores, como yo mismo lo he sido del Verbo encarnado: no hay salud para aquellos que no se encuentren conformados con el tipo divino.” Por lo mismo, nada hay

tan propio para encontrarnos en esta vía de imitación que la señal de la cruz.

¿Qué hace el hombre al formarla? Pronunciando el nombre de Dios; porque Dios es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas en una sola y misma divinidad. Repitiendo el hombre el nombre de Dios, la señal de la cruz pone delante de los ojos su eterno modelo, el sér por excelencia, en quien están reunidos en un grado infinito todas las perfecciones.

Ademas, repitiendo el nombre de cada persona de la augusta Trinidad, propone á nuestra imitación las perfecciones particulares de cada una de ellas.

En el Padre, el poder infinito me dice: Debes imitar el poder del Padre, criador y moderador de todas las cosas, para gobierno de tí mismo y del mundo; por el imperio sobre tus pasiones, sobre las máximas, los usos, los intereses, las modas, las amenazas, las promesas, opuestas á la libertad y á la dignidad de un hijo de Dios, Rey como su Padre.

En el Hijo, la sabiduría infinita me dice: Debes imitar la sabiduría del Hijo por la jus-

ta de tus apreciaciones y de tus juicios; por preferencia invariablemente dada al alma sobre el cuerpo; á la eternidad sobre el tiempo; á la virtud sobre el placer; á las riquezas duraderas sobre los bienes transitorios.

En el Espíritu Santo, el amor infinito me dice: Debes imitar la caridad del Espíritu Santo, disciplinando tus afecciones y ennobleciéndolas, sacando de tu corazón hasta la última fibra el egoísmo, de celos, de odio y de todos los vicios que producen la degradación interior y que manchan exteriormente.

¿Qué piensas tú de esto? ¿No es un guía excelente la señal de la cruz? ¿Dónde está el progreso de filosofía que pueda alabarse de señalar el camino de la perfección? Hasta ahora solo conocemos una parte de sus enseñanzas: las demás serán mañana.

## CARTA VIGÉSIMAPRIMERA.

Diciembre 18.

Imitacion general.— Imitacion de la Santidad de Dios.

Lo que es la santidad.— La señal de la cruz santificada  
 ra del hombre y de las criaturas.— Imitacion de la caridad  
 de Dios.— Lo que es la caridad en Dios.— Lo que  
 debe ser en nosotros.— En nosotros la señal de la cruz  
 es una señal elocuente y segura.— Pruebas sin réplicas

## QUERIDO AMIGO:

Gracias á la señal de la cruz, cada persona  
 de la adorable Trinidad se coloca de algun modo  
 do delante de nosotros y se deja copiar. Bajo el  
 gran nombre de Dios, ofrece á nuestra imitacion  
 todas las perfecciones reunidas. Yo escojo de  
 cuyo brillo vivísimo es necesario imitar hoy en  
 que nunca: la santidad y la caridad.

La santidad. Santidad quiere decir *unidad*  
 excepcion de toda mezcla extraña. Dios es

porque es Uno. Es tres veces santo, porque  
 tres veces Uno. Uno en potencia, porque es  
 infinito; Uno en sabiduria, porque es infinito;  
 Uno en amor, porque es infinito. Nada limita  
 altera en Dios esa triple unidad. Es santo,  
 perfectamente santo, completamente santo en  
 mismo, por la razon que acabo de dar.

Es santo en sus obras. En ninguna puede  
 sufrir la mezcla culpable, el desórden, ó, para  
 llamarlo por su nombre propio, el pecado. Los  
 angeles caidos del cielo, el hombre arrojado del  
 paraíso terrenal, el mundo inundado por el di-  
 luvio; Sodoma consumida por el fuego; el im-  
 perio romano desplomándose bajo los golpes de  
 los bárbaros; la gran víctima del Calvario, cru-  
 cificada entre dos ladrones; las calamidades  
 públicas y privadas; el infierno con su fuego  
 eterno; otros tantos testimonios de la inexora-  
 ble santidad de Dios en sus criaturas.

¡Gran leccion que me da incesantemente la  
 señal de la cruz! No puedo hacerla sin decir-  
 me: Imágen de Dios santo, tres veces san-  
 to, inexorablemente santo, en su memoria, en  
 su entendimiento, en su voluntad.

Santo en mi alma y en mi cuerpo, santo en

mí mismo, y santo en mis obras; solo ó acompañado; jóven ó viejo; poderoso ó débil; santo en todo, santo por todo; santo siempre: tal es la sublime unidad que debo realizar en mí. ¡Oh hombre! tú terás grande, exclama Tertuliano, si llegas á comprenderte á ti mismo: *O homo tantum nomen si intelligas te.*

Pero esto no basta: como Dios mismo, debo realizarla exteriormente. Sobre todo lo que me rodea debe irradiar la santidad ó la unidad de la vida. Ejemplos, palabras, oraciones, nada en mí que no sirva para alejar el mal, el dualismo de mi prójimo, imagen de Dios, como yo; como yo, creada para la unidad. Con esta obli-gación, tan vivamente recordada por la señal de la cruz, tomaron su curso los prodigios de sacrificios siempre abiertos en el seno del catolicismo.

Pregunta á nuestras legiones de apóstoles de uno y otro sexo quién puso al servicio de bárbaros desconocidos, las inteligencias más nobles, las vidas más puras, la sangre más generosa. Te responderán todos: la palabra del maestro. Hemos oído al Verbo redentor ordenando imprimir á todos los miembros de la familia hu-

mana la señal augusta de la Trinidad. Inmortal como él, esta palabra resuena en nuestro corazón, y donde quiera que quede una frente sin marcar con la señal libertadora, acudamos, trabajemos, espiremos.

Escucha al general de estas legiones heroicas, al San Pablo de los tiempos modernos, Javier. Tú sabes que por sus trabajos gigantescos, este hombre prodigioso ha conquistado un mundo á la civilizaci6n y á la fé. Pero ¿qué poderoso resorte animó su valor y el de sus sucesores hasta la temeridad y la ambici6n de todos ellos hasta el entusiasmo y la locura? *O Sanctissima Trinitas!* ¡Oh Santísima Trinidad! Este grito de guerra, casi tan frecuente como la respiraci6n en los labios de Javier, te revela el pensamiento comun.

Con una mirada iluminada por la fé, ha considerado el apóstol los numerosos pueblos de la India, de la China y el Japon: los ha visto sentados á la sombra de la muerte, llevando sobre sus frentes deshonradas el signo de las bestias en lugar del glorioso carácter de la Trinidad. Su celo se inflama al espectáculo de tan inmensa degradaci6n, y su pecho se lanza el grito de

guerra: ¡O Sanctissima Trinitas! ¡Oh Trinidad Santísima! ¡Qué vergüenza, qué desgracia para la obra de vuestras manos.

Para reparar esas desfiguradas imágenes y grabar sobre sus frentes la señal de la cruz, lánzase Javier como un gigante; el espacio se hunde bajo sus piés; riése de los peligros y á su reparadora ambicion no pone otros límites que los del mundo. Todavía este le parece pequeño á su corazón, y marcha lo necesario para darle tres vueltas en redondo.<sup>1</sup>

Por si la muerte no le permite recorrerlo en todos sentidos, señala con el dedo á sus sucesores las naciones que tienen que conquistar. Comprenden sus deseos, y llevados como dice Fenelon, sobre las alas de los vientos, millares de misioneros llegan á todas las islas y penetran á todos los bosques por lejanos é inhospitalarios que sean.

Su primer cuidado es restablecer sobre la frente del hombre degradado por la antropofogía, el signo santificador de la cruz, repitiendo como su jefe: ¡O Sanctissima Trinitas! Que tal sea el motivo que anima á los conquistadores del

<sup>1</sup> Vida de S. Fr. Xav., t. II, liv. VI, p. 208-213.

Evangelio, lo justifica que su ministerio consiste en marcar á las naciones infieles con el sello de las adorables personas, y mantener inviolable la divina semejanza.

Hace más todavía la señal de la cruz; santifica cuanto toca, así el hombre como las otras criaturas; y santificando á estas despues de haber hecho lo mismo con el hombre, el guía divino conduce todas las cosas á su fin, la unidad. Es un artículo de fé universal que los signos religiosos tienen el poder de modificar las criaturas inanimadas y así lo hemos visto con anterioridad.

Tal creencia no puede ser falsa porque es universal. La gran maestra de la verdad la considera como una parte del depósito confiado á su solicitud. Diariamente lo practica y enseña á practicarla, y observa que desde hace diez y ocho siglos, la Iglesia católica santifica por medio de la señal de la cruz, el agua, la sal, el aceite, el pan, la cera, las piedras, la madera y otras criaturas insensibles.

¿Qué significa teológicamente que la señal de la cruz santifica al hombre y á las demas criaturas? En cuanto al hombre no pretendo

que la señal de la cruz le confiera la gracia santificante, ó como los sacramentos, sea un instrumento propio para conferírsela; lo que quiero decir es, que se comunica una especie de santificación semejante al del catecúmeno sobre el que se hace el signo divino ántes del bautismo, porque como dice San Agustín: "Hay diversas especies de santificación."<sup>1</sup>

La señal de la cruz es un acto al cual une Dios la aplicación de los méritos de su Hijo, sin concederle por esto la virtud del bautismo y de la penitencia. La limosna no es un sacramento; y sin embargo, según la opinión común, es una cosa buena, piadosa, saludable y santificante.

Respecto á las criaturas, santificar una cosa inanimada, no es darle una cualidad física é inherente, sino devolverle su primitiva pureza, comunicándole una virtud superior á su naturaleza. De aquí nacen dos efectos de la santificación.

El primero purifica á las criaturas, en el sen-

<sup>1</sup> Non unius modi est sanctificatio; nam et catechumenum secundum quemdam suum modum per signum Christi et orationem manus impositionis puto sanctificari. (Lib. II, *Dpeccat. merit. et remiss.*, C. CXXXVI.)

tido de libertarlas de las influencias del demonio. El segundo las hace propias para producir efectos superiores á sus fuerzas naturales. Modificadas de esta manera en las manos del hombre, se convierten en instrumentos de curación, armas contra los demonios, y preservativos contra los peligros del alma y del cuerpo.

¡Cuántos sucesos milagrosos, públicos y privados, antiguos y modernos pudieran citarse, debidos á criaturas insensibles, pero santificadas por la señal de la cruz! Si en vez de perder el tiempo en machacar las fábulas paganas en las leyendas también paganas de Roma y Grecia, nuestra jóven generación estudiase la historia de la Iglesia y la vida de los santos, tus camaradas conocerían á este respecto una multitud de hechos más justificados que los de Alejandro y Sócrates.<sup>1</sup>

No es solo por la imitación divina sino más bien por la divina caridad, por lo que la señal de la cruz, guía elocuente y seguro, nos coloca, nos sostiene, y nos lleva en nuestro camino.

La caridad. Dios de quien somos hijos, y cuya imagen debemos ser, es todo caridad, *Deus*

<sup>1</sup> Véase Gretzer, p. 696 y sig.

*haritas est.* Estas palabras lo resúmen todo. El Padre como Dios, es caridad; el Hijo como Dios, caridad; el Espíritu Santo como Dios, caridad; la Trinidad entera, caridad. ¡Dios es caridad! ¿Conoces por ventura nombre más bello? Pues ese nombre lo repite á nuestro corazon la señal de la cruz cada vez que la hacemos.

Caridad quiere decir reunion y efusion. Entre las tres augustas Personas, todo es union y unidad: unidad de poder, de pensamientos, de operaciones, de felicidad y de esencia. Nunca, ni aun la más leve sombra de desacuerdo, perturba esa perfecta y encantadora armonía. ¿Por qué? Porque un amor solo, pleno, entero, inalterable, es el lazo delicioso de la Trinidad.

Efusion. Esencialmente comunicativa la caridad, tiende á extenderse por todas partes, y la caridad infinita, con una fuerza y una abundancia tambien infinitas. Y las obras exteriores de Dios son: la creacion, la conservacion, la redencion, la santificacion y la glorificacion.

Por lo mismo, crear es amar; conservar, amar; rescatar, amar; santificar, amar; glorificar, amar. Toda caridad viene del corazon. ¿Conoces nom-

bre más delicioso? Pues ese nombre nos lo repite la señal de la cruz cada vez que la hacemos.

Dios es caridad. A tí como á mí y como á todos los hombres, cualquiera que sea su edad y su condicion, esa sola palabra nos dice lo que debemos ser. Imágenes de Dios debe parecernosle, y parecernosle, es ser caridad en nosotros mismos y en nuestras obras.

En nosotros mismos por el lazo sobrenatural de la gracia, que une todas nuestras facultades, las ennoblece, y las fortifica una por otra, haciéndolas converger á un mismo objeto, la formacion de la semejanza perfecta de Dios en nosotros. En nuestras obras, por el principio divino que, uniéndonos á todos los hombres como á miembros de un mismo cuerpo, hace latir nuestros corazones, al propio tiempo que los suyos, le derrama en efusiones saludables sobre todo lo que les pertenece y realiza este último voto del divino Maestro: ¡Oh Padre! que sean uno como somos uno.

Deténgome, querido Federico, en estas pequeñas notas que te será fácil desarrollar, y que bastan para demostrar la importancia de la se-

ñal de la cruz como guta del hombre. Si tus compañeros tuviesen la desgracia de dudar de ellos dirígeles las preguntas siguientes:

¿Es ó no es cierto que nada es más propio para recordarnos á Dios y á la Trinidad, que la señal de la cruz?

¿Es cierto ó no que el hombre está formado á imágen y semejanza de Dios?

¿Es cierto ó no que el primer deber y la tendencia natural de un sér cualquiera, es reproducir en él, el tipo sobre el que ha sido formado?

¿Es cierto ó no que si el hombre no hace perseverantes esfuerzos para formarse á imágen de Dios, se forma inevitablemente á imágen del demonio y de sus desarregladas pasiones, de manera que no siendo de día en día, más santo más caritativo, más Dios, tiene que ser de día en día, más egoista, más perverso, más demonio, más bestia, *animalis homo*?

¿Es cierto ó no que el hombre á sabiendas ó sin saberlo tiende sin cesar á hacer cuanto le rodea á su imágen, y que de esa accion constante, vienen la santificacion ó la perversion, el orden ó el desorden, la salud ó ruina de los indi-

viduos, de las familias, de las sociedades, de las creencias y de las costumbres?

Por poca lógica é imparcialidad que tengan sus respuestas, no dudo que serán las que deben ser. Con nosotros concluirán que nada está mejor fundado ó para hablar el lenguaje moderno, que nada es más profundamente filosófico que el uso frecuente, frecuentísimo de la señal de la cruz.

Concluirán que ni los primeros cristianos, ni los verdaderos cristianos de todos los siglos, ni la Iglesia Católica, ni la parte selecta de la humanidad se han engañado al conservar invariablemente el uso de ese misterioso signo.

Concluirán que el error, el engaño y la vergüenza están del lado de los que combaten la señal de la cruz: que no haciéndola, avergonzándose de hacerla, ó burlándose de los que la hacen, se colocan entre la clase más baja de la humanidad, descenden al nivel de los paganos y se igualan con las bestias.

¿Qué queda para ellos y para nosotros? Mis dos últimas cartas te lo harán saber.